

CORTESANÍA E IDEAL ARISTOCRÁTICO EN EL VICTORIAL*

La desintegración de la concepción feudal en la sociedad del medievo se produce con cierta uniformidad en toda Europa occidental en los siglos xiv y xv. Este fenómeno —bien estudiado por los historiadores— se materializa visiblemente en los continuos conflictos de poder de que estas dos centurias son testigo, entre la aristocracia —defensora de esta agonizante interpretación vital cuyo papel histórico ha cumplido ya su misión—, y las incipientes monarquías que auguran los estados modernos, que basan su poder en una idea de unidad y estabilidad, y cuyo respaldo económico sería garantizado por las nacientes burguesías.¹

La situación de Castilla en esta época, si se compara con la de allende los Pirineos, ofrece grandes paralelismos a la vez que notables contrastes. En el resto de Europa la existencia de esta burguesía sirvió de elemento amortiguador del choque; la monarquía encontró un eficaz apoyo en esta burguesía, logrando afianzarse en el poder y sentar las bases de los estados naciona-

* Agradezco la oportunidad que la National Endowment for the Humanities me ofreció al concederme una beca para asistir a un seminario de literatura española durante el verano de 1975 en la Universidad de Pittsburgh, en donde este breve trabajo se gestó. Al profesor Javier Herrero, director de este seminario, quiero expresar mi sincero agradecimiento por las sugerencias y ayuda prestada, sin olvidar las informativas charlas y buenos ratos pasados juntos.

¹ Johan Huizinga, *El otoño de la Edad Media*, 8.ª edición (Madrid, Revista de Occidente, 1971), p. 89.

les. En Castilla todo este proceso siguió unos cauces muy peculiares. Después de la incipiente prosperidad económica adquirida en tiempos de Pedro I el Cruel, a mediados del siglo xiv, sobreviene un período de contracción económica que tiene su origen en causas bien definidas: 1) el predominio adquirido por la Mesta, potente organización a cuyo cargo estaba el control del comercio lanero y que, en manos de nobles extremeños y andaluces, hizo que los productos derivados de la ganadería se convirtieran en el factor primordial de la economía castellana. La lana, conocida como el «oro blanco», enriqueció a ciudades como Burgos y Medina y fortaleció aun más las fortunas de aquellos que dirigían este tráfico; 2) los espectros de la Peste Negra y el hambre, el abandono de cultivos e industrias, fueron un motivo más del desequilibrio peligroso hacia el pastoreo y el comercio de la lana; 3) la prosperidad inmediata como consecuencia de la exportación a Europa, trajo consigo un aumento en el nivel de los precios, dando a la economía castellana, dentro de su prosperidad, un carácter de fragilidad, pues dependía de los precios fijados en los mercados exteriores.² Así define la situación Luis Suárez Fernández: «...la ganadería impuso a la sociedad castellana un carácter muy peculiar, permitiendo la formación de una amplia clase social, desarraigada de la tierra, pero viviendo a costa de ella, y el desarrollo de un género de propiedad latifundista que impidió en todo momento el desarrollo de un tipo de campesinos acomodados».³ Existió entonces, a mediados del siglo xiv, una prosperidad que originó un desajuste de la sociedad e instituciones tradicionales. Esto da origen a la lucha de la aristocracia por mantener su papel preponderante, sus antiguas posiciones en el plano político y económico. Pero como por las razones ya apuntadas, en Castilla no hubo una burguesía propiamente dicha, el conflicto monarquía *versus* nobleza adquiriría unas proporciones catastróficas.

² Jaime Vicens Vives, *Aproximación a la Historia de España*, 7.ª edición (Barcelona, Editorial Vicens-Vives, 1970), p. 103 y sig.

³ Luis Suárez Fernández, «Los Trastámaras de Castilla y Aragón en el siglo xv», *Historia de España*, dirigida por don Ramón Menéndez Pidal (Madrid, Espasa-Calpe, 1964), vol. XV, p. 6.

El año 1369, en Montiel, moría asesinado Pedro I el Cruel a manos de su hermano bastardo, Don Enrique de Trastámara. La sombra de este regicidio se cerniría sucesivamente sobre las cabezas de su autor Enrique II, Juan I, Enrique III, Juan II y Enrique IV. Enrique II hubo de acudir a la concesión de rentas y señoríos, a la creación de una nueva nobleza, para asegurarse el triunfo. Esta maniobra conocida con el nombre de «mercedes enriqueñas» probaría ser fatal e impediría desde este momento la libertad de acción del rey. No sólo Enrique II, sino que su hijo y nieto hubieron de echar mano de esta nueva nobleza en las continuas guerras con sus ambiciosos parientes, enriqueciéndola más y más, hasta que llegó a constituirse en un poder tan fuerte como el del rey. Este grupo de presión, esta nobleza de nuevo cuño, lucha exclusivamente por la consolidación de su linaje. «Las nuevas generaciones pretendieron mantenerse en el poder lo mismo que se mantenían, por herencia, en las posesiones. Así, pasaron a constituir una oligarquía, con conciencia de clase e ideales políticos definidos, cuya influencia sobre la sociedad española ha sido de enorme importancia».⁴

«Nobles de espada y nobles de báculo»,⁵ pues a los 15 linajes nobiliarios que ejercen un peso político en la época, hay que añadir principalmente los arzobispos de Toledo, Sevilla y Santiago.⁶ Los Manriques, Mendozas, Pimenteles, Estúñigas, Velascos, Enríquez entre otros, próceres de las armas y de las letras, dignos émulos de los déspotas del Renacimiento italiano, se encargarían de mantener en continuo jaque la estabilidad del país en su inquieta oscilación entre el partido del rey y la facción generalmente encabezada en estos años por los infantes de Aragón. Santiago Sobrequés Vidal ve en el noble castellano dos caras frecuentemente: una la constituye su avidez de oro y poder, su deslealtad y falta de escrúpulos, su orgullo y su violencia

⁴ *Ibid.*, p. 15.

⁵ Jaime Vicens Vives, *Juan II de Aragón. Monarquía y revolución en la España del siglo XV* (Barcelona, Editorial Teide, 1951), p. 29.

⁶ Luis Suárez Fernández, *op. cit.*, p. 15 y sig. En estas páginas hace un estudio detallado de los linajes que desempeñaron algún papel importante en el período.

(como el almirante Fadrique Enríquez) o su intriga e hipocresía, su fastuosidad y refinamiento (como don Álvaro de Luna, Juan de Pacheco), y la otra, su contrapartida, la medida y el buen juicio, su deseo de gobernar a sus vasallos con justicia y equidad, su largueza en socorrer a los pobres, iglesias y monasterios, su religiosidad.⁷ Su ideal político concreto es, sin embargo, muy dudoso. Su meta en este período puede establecerse como el interés por acaparar rentas y patrimonios con el único fin de mantenerse en su posición privilegiada.

Durante el reinado de Don Juan II, su valido, don Álvaro de Luna, será el único responsable de las medidas tomadas a fin de poner freno a las ambiciones de esta levantisca nobleza. Su fallido intento fue el aldabonazo que había de anunciar el ocaso de este papel preponderante de la nobleza en el próximo futuro. A fines del siglo xv, la unión de Castilla y Aragón y la política autoritaria de los Reyes Católicos llevan el curso de la historia por cauces que si bien no resuelven en su totalidad estos problemas, abren el camino a soluciones futuras.

A pesar del aliento que la realeza procuró insuflar en las clases medias, la nobleza castellana continuó incólume en sus privilegiadas posiciones políticas y territoriales. Desde luego, tuvo que renunciar a las expoliaciones cometidas en el patrimonio real desde 1466, pero en cambio recibió absoluta seguridad por las anteriores (que eran las más importantes); renunció, asimismo, a manejar a su antojo los asuntos del país, a su fiera independencia cantonal, a sus reductos de las Órdenes Militares. Pero tras la fachada de autoritarismo monárquico, tras la aparente sumisión política a la Corona de la nobleza, ésta se irguió, desde sus encomiendas, señoríos y latifundios, como gran dominadora del país, robustecida por continuas concesiones de grandeza, repartos de tierras (las de Granada) y establecimiento de mayorazgos.⁸

En esta breve introducción histórica hemos querido hacer énfasis en el papel que la nobleza castellana desempeña en el siglo xv, cuando habiendo ya perdido su papel político, aun conservaba el poder económico. Esta nobleza —por razones sociales,

⁷ Santiago Sobrequés Vidal, «La época del patriciado urbano», *Historial social y económica de España y América*, dirigida por Jaime Vicens Vives (Barcelona, Editorial Teide, 1957), vol. II, p. 128.

⁸ Jaime Vicens Vives, *Aproximación*, p. 121.

políticas y económicas— se revuelve, se aferra a sus privilegios y a su papel director, es reacia al cambio, y esto ha de traer como consecuencia una mayor perduración de los ideales que esta clase social encarna y defiende.

En el plano de la literatura y en el de las formas de vida, este resquebrajamiento del viejo orden se manifiesta en un intento a ultranza de moldear toda actividad vital conforme a un ideal caballeresco cuyo papel histórico queda irremediabilmente relegado al pasado, la nobleza como grupo social ya no tiene la función preponderante en el plano político de los siglos anteriores y, sin embargo, aun le quedan fuerzas para poder conformar su concepción de la vida de acuerdo a un ideal estético.⁹ Esta estilización, este bello juego de artificio, la literatura que esta sociedad fomenta, «elabora las acciones rituales de sus predecesores épicos. Según se va diluyendo la línea de demarcación en la sociedad entre nobles y plebeyos, la literatura nobiliaria se esfuerza cada vez más por aumentar la separación».¹⁰ El héroe arquetípico de toda cultura, en los momentos de crisis, tiene como función el ser quintaesencia de sus valores fundamentales, de definir y enaltecer los pilares sobre los cuales esta cultura se asienta; de ahí que la literatura que predomina en los siglos xv y primera mitad del xvi en Castilla, tenga un corte definitivamente aristocrático encaminada a inmortalizar la concepción de la vida que este grupo defiende.

Los siglos xv y xvi son ricos en obras literarias, cuya tendencia y propósitos encajan a la perfección dentro de este marco: la novela cortesana, los libros de caballería, la poesía y la novela de ambiente pastoril, nos presentan un modelo a imitar cuyas virtudes, cuya conducta en el plano de las proezas guerreras o el comportamiento en el amor, no son otras que aquellas por las cuales se guiaba el perfecto caballero. Del mismo modo ocurre en el plano de la prosa histórica: estos años son testigo de la

⁹ Johan Huizinga, *op. cit.*, cap. IV y V.

¹⁰ Robert B. Tate, «La historiografía en la España del siglo xv», *Ensayos sobre la historiografía peninsular del siglo XV* (Madrid, Editorial Gredos, 1970), p. 280.

aparición de numerosas biografías de excelentes caballeros, o narraciones de hechos individuales, en donde son estos mismos valores los que se exaltan y glorifican. Entre otras obras de este carácter debemos citar la *Crónica de don Alvaro de Luna* de autor anónimo; los *Hechos del Condestable don Miguel Lucas de Iranzo*, probablemente de Pedro de Escavias; el *Libro del Passo Honroso de Suero Quiñones* de Pero Rodríguez de Lena; *Generaciones y Semblanzas* de Fernán Pérez de Guzmán; *Claros varones de Castilla* de Fernando del Pulgar; y, la obra motivo de este trabajo, la *Crónica de don Pero Niño*, conocida con el nombre de *El Victorial*, de Gutierre Díez de Games.¹¹

Entre todas las obras históricas que se escriben en el siglo xv castellano, *El Victorial*, en nuestra opinión, es la que mejor ejemplifica estos ideales cortesanos y aristocráticos que hemos venido comentando. La imagen del caballero en esta obra, su proceder en el campo de las acciones guerreras, los convencionalismos en el terreno del amor, sus relaciones cortesanas, el círculo en que se mueve, y, en un tono amplio, la concepción total de la vida que el narrador sostiene, muestran en un grado máximo esta idealización de la estructura y aspiraciones de la sociedad de que es producto. Ya Juan Marichal al comentar la edición de los condes Circourt y Puymaigre, decía: «...para ellos el móvil del escritor al crear *El Victorial* era, sobre todo, la lealtad a los valores nobiliarios y la exaltación del ideal caballeresco. Pero, precisamente, la originalidad de Díez de Games y el impulso creador de su obra procedían de la forma singular de su identificación con la concepción aristocrática de la vida en el siglo xv».¹²

En verdad, Gutierre Díez de Games tiene una visión aristocrática de la sociedad, lo cual se evidencia en múltiples facetas. En las primeras páginas de la *Introducción* a su obra el autor

¹¹ Gutierre Díez de Games, *Crónica de don Pero Niño, conde de Buelna*, edición y estudio de Juan de Mata Carriazo (Madrid, Espasa-Calpe, 1940). Esta es la edición utilizada a través de este trabajo; las citas en paréntesis corresponden a la página y línea de esta edición.

¹² Conde Albert de Circourt y conde de Puymaigre, *Le Victorial, chronique de Don Pero Niño* (París, Victor Palmé, 1867), citado por Juan Marichal, *La voluntad de estilo. Teoría e historia del ensayismo hispánico* (Barcelona, Editorial Seix Barral, 1957), p. 57.

establece un orden jerárquico en tres estados claramente diferenciados, e indica que esta división tiene un origen divino: «estas cosas todas binieron así a ser hechas por dispensaçión de la potença diuina, que le plugo ansí de hordenar el mundo, que oviese tres estados de gentes: oradores, e defensores, e labradores, e que cada vno vsase de su ofiçion». (2⁸) Esta clasificación no es original del autor, puede hallarse también en el infante don Juan Manuel, un siglo antes;¹³ pertenece al acervo común de la interpretación medieval del universo. El hombre medieval, ante las dificultades terrenas en apariencia insolubles a que se ve enfrentado diariamente, halla su defensa en esta organización jerárquica donde todo ser, idea u objeto tiene un lugar fijo y en cuyo ápice sitúa a un Dios omnisciente. Todo origina y acaba en esta causa última; desde el mayor desastre o la mayor alegría, hasta el más nimio quehacer del subsistir diario, se justifica con esta organización detallada, perfecta y ordenada cuyo primer eje es el Ser Supremo.¹⁴

¹³ Don Juan Manuel, *Libro del caballero et del escudero* (Madrid, Biblioteca de autores españoles, 1952), p. 236. Juan Marichal, *op. cit.*, p. 60, ve en esta obra el origen de una actitud consecuente del escritor en búsqueda de una originalidad, de las formas expresivas que más se ajustan a su propia personalidad, y, en relación con esta división en estados, dice: «La tendencia autobiográfica determinaba por consiguiente en su caso una perspectiva social contraria a la del pícaro que contemplaba el mundo desde 'abajo' (o desde el 'tejado') y que hacía de su persona 'baja' el tema central de la narración novelesca. Díez de Games, en cambio, exaltaba el orden tradicional (tres clases estáticas) y las virtudes morales caballerescas para respaldar la propia incorporación individual a una sociedad de 'escogidos'».

¹⁴ «Lo que para el pensamiento medieval da unidad al concepto de 'estado' o de 'orden' en todos estos casos, es la creencia de que cada uno de estos grupos representa una institución divina, es un órgano en la arquitectura del universo, tan esencial y tan jerárquicamente respetable como los Tronos y las Dominaciones celestiales de la jerarquía angélica», Johan Huizinga, *op. cit.*, p. 91. La imagen, el carácter estático de los distintos estados es definido por Gutiere Díez de Games en las siguientes líneas: «A vnos dá graçia de ser letrados, e a otros de ser buenos mercaderes, e a otros de buenos mecánicos, de ser labradores, e a otros de ser cavalleros e buenos defensores. Ansí quando vsa el labrador ser mercader, pierde su cavdal, e el mecader de ser labrador non sabe, e si vsa de cauallería non sabe, ca non es de su natural; e si el labrador o el mercader quiere vsar de letras, non sabe, ca non es de su natura. Pues subir en cauallería e vsar armas éisle dura cosa». (84²).

Al fin del *Proemio*, en el capítulo VIII, se establecen cuáles han de ser las condiciones y virtudes del perfecto caballero, determinando al mismo tiempo sus funciones y deberes dentro de esta sociedad. A continuación, el autor se pronuncia en favor de la caballería como el más alto estado: «la noble cavallería es el más honrrado ofizio de todos», (42¹⁰) Este aserto lleva consigo, lógicamente, a considerar los otros oficios como de carácter secundario,

E non es ni deven ser en los ofiçios ofiçio tan honrrado como éste es. Ca los de los ofiçios comunes comen el pan folgando, visten ropas delicadas, manjares bien adovados, camas blandas, safumadas; hechándose seguros, levantándose sin miedo, fuelgan en buenas posadas con sus mugeres e sus hijos, e servidos a su voluntad, engordan grandes cerviçes, fazen grandes barrigas, quiérense bien por hazerse bien e tenerse biçiosos, ¿Qué galardón o qué honrra merescen? No, ninguna. (42¹⁶).

Si exceptuamos la primera mención (2⁸), el autor no vuelve a hacer ninguna referencia con respecto a las funciones ni al papel desempeñado por los clérigos dentro de esta visión ordenada de la sociedad; sin embargo, si consideramos el tono general de *El Victorial*, donde el caballero siempre es presentado como defensor de la fe, la religión y la Iglesia, el clérigo puede equipararse, e incluso superar, al caballero, al ser ambos, en el fondo, defensores de la verdad de Cristo.¹⁵

En otras ocasiones se ataca violentamente a otras clases sociales de las que los judíos —verdadero soporte burgués del medievo castellano—, salen siempre los peor parados.¹⁶ Es indudable que dentro de esta concepción aristocrática e idealizada que los escritores del siglo xv abogan, enormes parcelas de la realidad o quedan totalmente fuera o son ignoradas; por el con-

¹⁵ José Luis Romero, «Sobre la biografía española del siglo xv y los ideales de vida», *CHDE*, I-II (1944), p. 128, en apoyo de nuestra tesis señala quiénes son objeto de la biografía en este siglo: «Considerada en su conjunto, y aun advirtiendo los matices que se presentan, la biografía española del siglo xv nos muestra, en rigor, sólo dos formas arquetípicas de vida que corresponden estrictamente al cuadro de los ideales medievales: los caballeros y los preladados, esto es, los *defensores* y los *oradores*...».

¹⁶ Véanse las páginas 17²², 41¹⁰, 48²⁸, 320²⁷.

trario, si en algún momento ha de hacerse alguna mención de ellas, es para acentuar su papel gregario y servil. Erich Auerbach define esta actitud de la interpretación idealizada del mundo caballeresco en las siguientes palabras:

Éstas (las limitaciones de contenido de este tipo de literatura) son de tipo clasista, pues tan sólo los caballeros de la corte son dignos de la aventura, y únicamente a ellos pueden ocurrirles cosas graves e importantes. Quien no pertenezca a esta clase sólo puede aparecer como comparsa, la mayor parte de las veces en papeles cómicos, grotescos o viles. Esta situación no es tan palpable en la antigüedad ni en la primitiva epopeya medieval: trátase ahora del aislamiento consciente y de la crianza dentro de una comunidad estamental solidaria.¹⁷

Un factor que contribuye a la mejor comprensión de toda civilización o cultura es el estudio de las aspiraciones, de los ideales de esta misma cultura. Éstos, quizá en mayor medida aún que el sinnúmero de logros o desaciertos que puedan señalarse en las variadas y complejas aproximaciones a ella, y de los cuales han quedado manifestaciones concretas sujetas a interpretación hoy día, tienen una función de gran valor para dilucidar y esclarecer la concepción vital de dicha cultura. Se ha dicho que toda sociedad aspira a un mundo mejor. Esto es evidente: en todas las fases de la evolución de la historia de la humanidad —en mayor o menor grado, con un pronunciado énfasis en las mejoras de carácter material o espiritual— el ser humano se ha visto enfrentado a un mundo hostil, erizado de dificultades, las cuales sólo han podido ser serenadas teniendo un punto de mira hacia donde dirigir los pasos, y cuya expresión última se reduce a la existencia de una esperanza fundada en un futuro mejor y más justo.

Si bien toda civilización tiene como sostén y meta este bello ideal, es en el modo de ponerlo en práctica en donde difieren unas de otras. Johan Huizinga, en el capítulo titulado «Nostalgia de una vida más bella», ha expuesto magistralmente los tres ca-

¹⁷ Erich Auerbach, «La salida del caballero cortesano», *Mimesis. La representación de la realidad en la Literatura Occidental* (México, Fondo de Cultura Económica, 1950), p. 135.

minos básicos para enfrentarse al problema: el primero supone la negación de este mundo, el cual se ve sustituido por una visión ultraterrena alcanzable mediante un comportamiento virtuoso de acuerdo a un código religioso de conducta. Esta concepción es la que impera de modo casi exclusivo durante el Medievo, la cual, como es bien sabido, considera esta vida como un paso, como un proceso de purgación hacia la verdadera vida del más allá. Un segundo camino es el de la mejora de las condiciones sociales, políticas y económicas de esta sociedad, lo cual vendrá a significar una distribución más equitativa de los bienes comunes, aquí y en este momento; en esa dirección se han dirigido los movimientos de transcendencia universal que, desde la Revolución francesa, se hallan en ebullición. El tercero se aparta diametralmente de los dos anteriores: consiste fundamentalmente en ignorar los aspectos negativos y deplorables de esta vida y asirse a un mundo de sueños mediante una idealización sistemática de todas las expresiones vitales de esta sociedad. Esta solución, como puede comprenderse fácilmente, no lleva a ningún sitio; los aspectos negativos de esta realidad terrena son ineludibles, y, por otro lado, todo intento de escape va irremediablemente destinado al fracaso.¹⁸

Johan Huizinga precisa con las siguientes palabras esta tercera actitud:

Hasta cierto grado tiende toda cultura a realizar en el mundo real un mundo soñado, transformando la organización de la sociedad. Pero mientras que en otros casos sólo se trata de una transformación espiritual, de instituir una perfección imaginaria frente a la ruda realidad, en este caso es el objeto del sueño la realidad misma, que se quiere transformar, purificar y mejorar.¹⁹

¿De qué manera, continúa este crítico, se materializa este anhelo, esa nostalgia de una vida más bella en un ideal soñado? «Convirtiendo las formas de la vida en formas artísticas, haciendo de la vida un juego lleno de artificio».²⁰

¹⁸ Johan Huizinga, cap. II, pp. 50-88.

¹⁹ *Ibid.*, p. 61.

²⁰ *Ibid.*, p. 61.

A esta luz queremos presentar *El Victorial*. Esta obra, se decía en las páginas anteriores, pertenece a un tipo de literatura generada por una clase social cuya influencia —a mediados del siglo xv—, ha perdido la preponderancia que tuviera en siglos anteriores y se aferra por todos los medios posibles a los valores que encarna el mundo de la caballería, en estos años de escasa o nula validez práctica. Esta literatura tiene como rasgos distintivos la artificiosidad, el colorido, la bella forma, la estilización de la vida. Este brillo y estilización se manifiesta de modo primordial en las descripciones de escenas cortesanas, en las justas y los torneos, en el juego del amor, y, en general, en las costumbres, etiqueta y tono de la obra. Este orden vamos a seguir a continuación.

El mundo de la corte «es el lugar donde con más plenitud pueden desplegarse las formas estéticas de la vida».²¹ El autor atestigua su identificación con este modo de concebir la vida en las numerosas ocasiones que reproduce escenas, costumbres, maneras de la vida cortesana francesa o castellana. Pero entre todas las descripciones de ambiente refinado, fastuoso y sensual, característico de todo círculo cortesano —y, que como hemos dicho con anterioridad, tiene como finalidad paralizar el tiempo, imponer una concepción vital desasida por completo de la realidad histórica de fines del Medievo—, una, la estancia de don Pero Niño en el castillo francés de Sérifontaine, es la que ha de servirnos para ejemplificar con mayor exactitud este enfoque de *El Victorial*.

Don Pero Niño, invitado por el almirante de Francia, inverna en sus dominios en espera de poder acometer en jornada más favorable su empresa bélica contra las naves inglesas. Al llegar a París inmediatamente se manifiesta su admiración; el rudo soldado castellano se precia al emular a sus vecinos en el hacer y en el vestir,

²¹ *Ibid.*, p. 65. José Luis Romero, *op. cit.*, p. 130, señala cómo «el biógrafo detiene su atención en las calidades del cortesano, forma de vida que, en el siglo xv, se ha tornado quintaesencia de la caballería».

El capitán, como fue vsando con los caballeros e con los gentiles-hombres de Francia como aquel que hera criado siempre en gentileza, conosció la manera de la gente: como dize el Filósofo, que a vno poca doctrina le abasta, e a otro mucha enseñanza no le aprovecha. Esto dize porque aquel viene de natura, muy de reféz aprende la cosa. E Pero Niño todas las buenas enseñanzas e gentilezas le benía por natura, e siempre vsó dellas en quanto él vibió; e avn bibe oy su fama, e vibirá entre los caballeros e entre los nobles. E guarnecióse muy bien, segúnd el reyno en que estava, e como a él conbenía, para yr a París. (218²⁴).²²

La estancia de don Pero Niño en Sérifontaine ocupa varios capítulos (LXXVIII/LXXXV). En ellos abundan las descripciones de todo tipo, en las cuales el común denominador se adivina en el goce que el narrador siente al reflejar con énfasis el mundo estilizado y lleno de bellas formas que caracteriza a la corte del almirante de Francia. La señora del castillo y sus damas las describe Gutierre Díez de Games en los siguientes términos:

Este caballero avía su muger, la más fermosa dueña que entonze avía en Francia: hera de la mayor casa e linaxe que avía en Normandía, hija del señor de Belangas. Hera muy loada en todas las cosas que a grand señora perteneçían, muy sesuda, e por de mejor regimiento que otra ninguna grand señora de las de aquella partida; e mejor guarnida. Ella tenía su gentil morada aparte de la del almirante. Pasava entre la vna posada e la otra una puente levadiça: a mas las posadas heran dentro de una cerca. Las guarniçiones della heran tantas, e de tan estrañas guisas, que sería luenga razón de contar. Ella avía fasta diez damiselas de paraxe, muy guarnecidas e bien aderezadas; éstas non avían quidado de ninguna cosa, si non de sus querpos, e de aguardar a la señora tan solamente. Ende avía otras muchas camareras. (220⁷).

Sus costumbres, su comportamiento en los quehaceres más ínfimos adquieren un tono poético indudable,

²² La admiración del cronista por los franceses es manifiesta en toda la obra, pero más concretamente, dice: «Los franzeses son noble nación de gente; son savios e muy entendidos e discretos en todas las cosas que perteneçen a buena crianza, en cortesía e gentileza. Son muy gentiles en sus traeres, e guarnidos ricamente. Traénse mucho a lo propio. Son francos e dadivosos. Aman fazer plazer a todas las gentes; honrran mucho los estrañeros, saben loar e loan mucho los buenos fechos. Non son maliciosos, dan pasada a los henoxos; non caloñan a hombre nin fecho, salvo si los va allí mucho de sus honrras. Son muy cortes e graçiosos en su fablar; son muy alegres, toman plazer de buena mente, e búscanlo. Ansí ellos como ellas son muy henamorados, e préçianse dello». (219²⁵).

Contarvos he la horden e la regla que la señora tenía. Leban-tábase la señora de mañana, con sus damiselas, e ybanse a vn bosque que hera çerca dende, e cada vna vn libro de oras, e sus quantas. E sentávanse apartadas, e rezaban sus oras, que non fablavan mote mientras rezaban. E después, cogiendo flo-retas e violetas, así se benían al palazio, e yban a su capilla, e oyan misa rezada. E saliendo de la capilla, trayan vn taxador de plata, en que venían gallinas, e *aluetas*, e otras aves asadas, e comían e dexaban los que querían, e dábanles vino. (220²¹).

Los juegos de sociedad, el recuerdo de las canciones, de las justas poéticas, hacen que Gutierre Díez de Games no pueda evitar el inmiscuirse en la narración y declarar con ferviente admiración: «Yo vos digo que quien aquello vió sienpre durase non querría otra gloria». (221⁵) Toda actividad se halla envuelta en un halo de etiqueta cuyo objetivo va encaminado a elevarla por encima de la cruda realidad: banquetes (221¹³), danzas (221¹⁹), cacerías (221³²), bodas (238⁸), fiestas (238²³), se suceden ininter-rumpidamente, dejándose de lado cualquier prosaísmo que pudiera empañar la imagen del ideal, el bello colorido de la vida. Cuanto mayor pompa y ceremonial tienen estos actos, tanto mayor parece ser el interés y el detalle que el autor pinta en sus descripciones. Juan Marichal ha enjuiciado estas páginas de *El Victorial* como el deseo insatisfecho de volver al paraíso perdido, a un mundo que no ha de volver, y cómo el narrador se halla consciente de ello:

Para Díez de Games la estancia en *Sérifontaine*, descrita lenta y amorosamente en las páginas más bellas de *El Victorial*, había sido la época 'lúdica' de él y de su 'héroe': como en los *romanz* caballerescos, la 'ordenada' vida cotidiana en el castillo francés estaba fuera del espacio y del tiempo históricos. ...La 'ordenanza' de la vida cotidiana en *Sérifontaine*, ejemplificación perfecta del carácter 'gracioso' y 'razonable' de los franceses, le aparecía a Díez de Games como un paraíso agonal, perdido para siempre.²³

La corte facilita un ambiente de fina elegancia, de maneras estilizadas, en donde las virtudes y condiciones del caballero tra-

²³ Juan Marichal, pp. 65 y 66 respectivamente. Jorge Manrique, «Coplas por la muerte de su padre», *Cancionero*, edición de Augusto Cortina (Madrid, Espasa-Calpe, 1966), estrofas XVI-XIX, p. 96, ha dejado grabado poéticamente para la posteridad el mundo agónico de

dicional se desarrollan ya en un plano muy distinto; en este siglo el cortesano es la quintaesencia de la caballería.²⁴ Si se analizan las dos esferas en las cuales este caballero mostraba su excelencia —en el de las proezas guerreras, y en su concepción del amor—, se observa inmediatamente el giro peculiar que han tomado: en primer lugar desaparece el campo de batalla y es sustituido por la justa y el torneo. En verdad debemos aclarar que *El Victorial* no se halla exento de hazañas del primer tipo, pero, es en las justas y los torneos en las que don Pero Niño tiene una intervención victoriosa en donde Gutierre Díez de Games pone todo su arte descriptivo; lejos el calor de la guerra, el torneo queda como una imagen embellecida de ésta, sujeta a infinitas reglas y formas. El caballero individual había perdido ya en estos años su papel en las complicadas estrategias bélicas que, con la entrada en juego de la pólvora y de complejos armamentos, hacían de él un instrumento inadecuado. Esta obra —del mismo modo que la mayoría de las crónicas del período—, se halla salpicada de numerosos ejemplos en los que don Pero Niño tiene una actuación destacada en combates personales, en desafíos, en justas de todo tipo, las cuales bien puede decirse que son «además de un juego y de un ejercicio corporal, literatura aplicada».²⁵ Como muestra citamos a continuación —precisamente durante su estancia en Sérifontaine— cómo don Pero Niño asombra a propios y a extraños en el lugar cumbre de la caballería:

E juntaronse allí aquel día fasta cien cavalleros, o más, todos armados de justa. E quando llegó Pero Niño, ya todos ellos comenzavan a justar. Los franzeses, como justavan tres o quatro carreras, desarmávanse luego; e Pero Niño fizo llevar muchas baras e plançones, e comenzó a justar de vno en vno con quantos benían. El que quería justar, a él fallava luego presto. Los que trayan voluntad de justar con él, a vnos llevava los yelmos, a los otros arrancava los esqudos, a otros desguarneçía, a otros enbiava colgados de los cavalllos, quebradas las varas. Tanto durava Pero Niño en la justa,

la caballería; para Jorge Manrique era también una época dorada de difícil retorno.

²⁴ Véase la nota número 21.

²⁵ Johan Huizinga, p. 127.

e tanto fazía en ella, que la fama yba por toda la çivdad fablando de vn español que andava en la justa tan maravilloso cavallero, e tantas valentías fazía. (239¹³).²⁶

El torneo tiene un elemento erótico-romántico que hace su aparición en *El Victorial*; el héroe se expone a la muerte por la mirada favorable de la dama: «Volvióse allí vna reça escaramuça, e muy peligrosa, e muy buen lugar para los que quisiesen hacer en armas, por amor de sus amigas, ca todas las dueñas e donzellas de Pontevedra heran a mirar por el adarve de la villa». (81²¹) A menudo se menciona cómo otros caballeros actúan del mismo modo que don Pero Niño, al entrar en combate singular por el amor de una dama: «Llegó vn gentil galán, e muy henamorado, e dixeron a Pero Niño quién hera, e justó con él. A la segunda carrera, derrocólo Pero Niño a él e al cavallo». (241¹); el amor da fuerzas en el combate, «e dize aquí el avtor, que si berdad es que los hombres henamorados son más fuertes, e fazen más, e son mejores, por amor de sus amigas, que fazen bien.» (242⁵) Don Pero Niño estando herido y maltrecho, el autor consigna un detalle esclarecedor: «Ca hera la su cota ronpida en muchas partes de feridas de lanzas, e algunas dellas salía sangre; e aunque la cota hera muy preçiada, e ge la auía dado vna muy grand señora: e si dixese que hera reyna, no mintiría». (83²⁶).

En la misma dirección se mueve el tratamiento del tema del amor. Aunque bien pudiera argüirse que en el fondo el autor sostiene una concepción cristiana de las relaciones amorosas, en donde no caben las relaciones ilícitas, o aquellas otras que no conducen al sacramento del matrimonio, se observa no obstante un gusto por la descripción del juego amoroso en donde hacen

²⁶ Gutierre Díez de Games distingue entre el modo de justar de españoles y franceses: «Los franzeses justan por otra guisa que non façen en España; justan sin tela, a manera de guerra, por el topar. Arman los cavallos de *testera* e *picheras*, que son vnas armas de quero muy fuertes; e las sillas muy fuertes, que qubren la pierna fasta cerca del pie. Conteze muchas vezes que topan vn cavallo con otro, e caen amos a dos, o cae el vno, o amos e dos. Es muy peligrosa justa; non la fazían todos hombres, mas hombres diestros e muy cavalgadores. Las varas son todas medidas; non las faze sino vn maestro o dos en toda la corte: éste con liçençia de los governadores, e aquél es el fiel». (237³).

entrada ciertos aspectos de tamizada sensualidad. En otras palabras, podría decirse que el autor se detiene con mayor detalle en el proceso de las conquistas amorosas que en el amor mismo. Sus relaciones con la señora del castillo de Sérifontaine —puntalicemos que éstas ocurren siendo ya viuda—, tienen este carácter. Su descripción nos evoca la imagen de una mujer sensual y llena de vida: «Ca todas las vertudes que los henamorados berdaderos pusieron que en el amiga deve auer, todas las avía en aquella señora muy cunplidamente: fermosa, e buena, e joben, e muy plaçentera, gentil e alegre, e deseada». (242¹¹). La entrada de don Pero Niño en un desafío entre caballeros franceses no tiene otra función que estimular este amor por la señora de Sérifontaine. Ella, observadora, le hace un regalo de un caballo y un yelmo para que participe en la lucha; con estos regalos acompaña una carta «en que le enviava mucho a requerir e a rogar por su amor que si non abía avn tomado cargo de aquel campo, que non lo tomase, e que le faría grand plazer. Pero que si allí yva mucho de su honrra, e non podía ál ser, que le dixese las cosas que le fazían menester, e que todo lo cunpliría ella, en manera que su honor fuese adelante». (244³¹).

Se concierta el matrimonio pero ha de posponerse debido a los ajetreos guerreros de don Pero Niño. Más adelante, cuando don Pero Niño sale airoso de un difícil combate en tierras españolas, galantemente le envía «su espada toda mellada, e sacados grandes pedazos della, e la espiga torzida, de los grandes golpes que avía fecho con ella, e toda bañada en sangre. Esta espada envió él después a Franzia, con otras joyas, por vn donzel, a madama el Almiralla». (292³⁰). No olvidará despedirse de ella cuando abandona Francia (298³⁰), ni tampoco la olvida cuando se ve imposibilitado por las circunstancias de cumplir la promesa de matrimonio (302²⁷).

Su amor último por doña Beatriz tiene marcados rasgos novelescos, como ha sido apuntado por algunos críticos.²⁷ Al cen-

²⁷ Richard Barber, *The Knight and Chivalry* (New York, Charles Scribner's Sons, 1970), p. 143; Madeleine Pardo, «Un épisode du *Victorial*: Biographie et élaboration romanesque», *Romania*, LXXXV, pp. 269-292.

trarse este episodio precisamente en las dificultades que el héroe afronta en la obtención del amor de doña Beatriz, junto a la importancia que le concede (aproximadamente ocupa la mitad de la tercera parte de *El Victorial*), nos vuelve a confirmar el interés del narrador por los aspectos incidentales del amor. Éste se origina al presenciar doña Beatriz una justa en donde participa don Pero Niño:

E vn día acaeció que justauan en vna calle, que llaman la Cascagera, donde se continuava más la justa; e justaua aquel día Pero Niño, e entre otros cavalleros que derrocó, derrocó vn caballero de los más fuertes e mayores de la casa del ynfante. Hera vn cavallero tal, que la su balía me encarga a dezir quién hera. En aquella calle hera vna honrrada morada, donde posaua a la sazón la señora doña Beatriz, hija del ynfante don Juan. (301²⁵).

La intriga amorosa, las negativas, los ofrecimientos, la conquista final, se van sucediendo a lo largo de las páginas siguientes para llegar al confrontamiento final con el padre de la doncella: éste se opone a la boda y don Pero Niño está dispuesto a enfrentarse a cualquiera de acuerdo a las leyes de la caballería, «e que él los mataría, e que los lanzaría del campo, e los faría confesar que él non avía fecho yerro ninguno en se desposar con su esposa doña Beatriz, nin que ella avía herrado tanpoco; e la condición fuese, que el término acavado de la batalla a qué se ofrecía, que el rey le diese a su esposa libre e desenbargadamente, allí ante todos». (311²⁹). Pero curiosamente nuestro héroe había precisado que «les combatería antel rey su señor, e delante de la reyna e el ynfante, que doña Beatriz su esposa mirase». (311²³).

Un análisis más minucioso habría de producir multitud de facetas que hemos dejado a un lado: el colorido de las descripciones bélicas de todo tipo, el ceremonial cortesano, las formalidades de toda actividad incluso la más significativa, el valor de los votos caballerescos, etc. No hemos pretendido ser exhaustivos. Pero nos parece que los ejemplos que hemos señalado nos dan la tónica correcta en la interpretación que hemos elegido al inicio de este trabajo: *El Victorial* es una cristalización literaria de un deliberado empeño, por parte de una clase social —la nobleza—, en poetizar la cruda realidad circundante de acuerdo a

la imagen de un ideal caballeresco caduco en la práctica. Esta obra desempeña un papel destacado en la prosa histórica del período como ejemplo prototípico de una literatura que, al recrear un mundo de valores e ideales épicos, tiene como finalidad sustentar los desmoronados pilares de una interpretación aristocrática de las formas del pensamiento y de la vida. El origen divino de la caballería y su función redentora, la identificación del narrador con los valores de la cortesía, su gusto por una visión de las proezas guerreras y amorosas en donde la esencia, la finalidad, queda marginada para dar paso a lo accidental y artificioso, son todos factores de un esfuerzo supremo por aprehender y revivir un pasado glorioso regido por bellas formas. El curso de la historia es irrepetible. En las palabras de Johan Huizinga —a quien hemos venido siguiendo muy de cerca en todo este trabajo—, puede concluirse que «para comprender la vida de la cultura, tiene el valor de una verdad la ilusión en que los contemporáneos viven. Incluso en el caso de que la forma noble de la vida no hubiese sido sino un barniz de la vida, entraría en las tareas indeclinables de la historia comprender la vida con todo el brillo de aquel azur».²⁸

ANTONIO GIMÉNEZ

Williams College.

²⁸ Johan Huizinga, p. 90.